

## Lo que devora la noche

Lo que devora la noche  
avanza dando zancos por la tierra,  
como una bestia furiosa que acaba de soltar su cadena.  
Corre, babeando,  
sulfura la espuma de sus heridas infectadas,  
las que el collar le ha dejado.

Ojos grandes y pupilas amarillas son sus lunas.  
Te busca incesantemente, incansable, infatigable,  
para devorar lentamente  
lo que la luz ha erigido  
con tanto esfuerzo  
y esperanza.

La luz, nacida de un juramento antiguo,  
tejió alas con los hilos del día  
y cantó el nombre de los hombres  
antes de que tuvieran lengua.  
Fue ella quien domó al viento  
y detuvo al tiempo en su caída,  
la que sembró fuego en los huesos  
de los primeros valientes.

Pero la bestia odia la forma,  
la armonía le escuece como sal en las fauces.  
No acepta el mundo hecho canto,  
lo mastica.  
Y en su aliento  
arden los templos,  
las madres,  
los pájaros.

No es más que otro bocado  
en un ciclo de guerra,  
donde no hay victoria  
ni pacto  
ni redención.

Solo silencio  
para quien se deja devorar.  
Solo ruina  
para los que olvidan

que aún existe la llama  
bajo la ceniza.

## Contra los cielos

hoy he matado a dios,  
a cristo, y a todos los santos.  
no hubo juicio ni redención,  
solo el filo de mi lengua  
cortando su silencio.

no tolero confesarme  
ante entes de piedra  
que nunca respondieron  
al llanto de un niño  
ni al grito de un moribundo.

he devorado a mis hijos,  
no por hambre,  
sino por el deseo de sentir  
algo  
más allá del vacío.

bebí de su sangre  
como néctar  
beben las abejas,  
esperando endulzar  
la amargura de la fe muerta.

no he comulgado en espíritu,  
nunca entendí el milagro  
de compartir el pan  
mientras otros  
mordían el polvo.

he reído, sí,  
alrededor de la desgracia  
llamada vida,  
con los labios rotos  
y la mirada vuelta ceniza.

no hay cielo,  
solo esta ruina terrenal  
donde el rezó  
no es más  
qué palabras perdidas.

## Manual de carnicero

Con la linterna firme en la boca, su luz temblorosa apuntaba directo al cuello.  
La piel, aún tibia, tenía restos de sangre seca en los bordes del corte inicial:  
una línea de veinticinco centímetros, limpia, apenas curvada,  
justo por debajo de la mandíbula.

Con una mano sostenía el cuaderno sobre el muslo,  
la otra escribía datos: profundidad estimada, dirección del corte, coloración.  
Los guantes blancos, ya manchados, crujían al moverse.  
Cada tanto, los dedos se hundían suavemente en la herida,  
verificando la rigidez de los bordes,  
el espesor del tejido coagulado,  
la textura esponjosa de la tráquea parcialmente expuesta.

Guardó la libreta y el lápiz en el bolsillo trasero.  
Se arrodilló con cuidado.  
A su derecha, un cuchillo de mango negro: hoja ancha,  
de unos veinte centímetros, afilado hasta la brutalidad.  
Lo tomó con firmeza.

Primero, ubicó su mano izquierda bajo la nuca del cadáver.  
Con la derecha, posicionó el cuchillo dentro del corte inicial,  
justo donde la garganta comenzaba a abrirse.  
Con un movimiento lento y constante, fue penetrando hacia arriba,  
separando músculos y tendones como si fuesen fibras de carne curada.  
Al llegar a la laringe, giró la muñeca levemente.  
El cartílago crujío.

Apoyó con fuerza la rodilla sobre el pecho del cuerpo  
y continuó el corte hacia atrás,  
siguiendo la curvatura del cuello hasta la base del cráneo.  
El cuchillo raspó contra una vértebra.  
Retiró la hoja, limpió el filo con el antebrazo,  
y volvió a insertarlo por el costado, esta vez con más presión.

La médula resistió, pero no por mucho.  
Con un gesto firme, como quien parte un pan,  
separó la cabeza.

La sostuvo unos segundos,  
sangre aún caliente chorreando por el cabello,  
goteando como el pasto húmedo.

Abrió un bolso negro —sin apuro—,  
la depositó dentro con un sonido sordo,  
de golpe cerró el cierre hasta el final.

Se puso de pie.  
No miró atrás.  
Caminó hacia su auto, abrió la puerta del copiloto,  
lanzó el bolso al asiento,  
y se fue.

## Tierra de cenizas

En este mundo,  
donde la vida se trueca por nada,  
hay bocas que gritan por sangre  
como si el dolor ajeno fuera himno.

Garras que se alzan por la matanza  
en un rincón del sur,  
mientras claman amor a la patria  
pisoteando al que siembra en ella.

Esa tierra angosta que llaman solidaria,  
fue tomada en un mal día,  
bajo pólvora y cruz,  
donde el pueblo fue barrido  
como si fueran hormigas  
molestan en un festín.

Hoy, las mismas voces  
que abrazan al verdugo,  
imploran justicia  
para otras tierras que no pisan.

La vergüenza no tiene lengua,  
ni sombra,  
ni refugio.

La masacre no se justifica,  
ni el llanto ahogado de un niño  
se borra con discursos.

Y cuando llegue el día,  
cuando la llama alcance tu piel,

arderás tan profundo  
que ni tus huesos  
sabrán quién fuiste.

## Sueño Profundo

algo quedó de aquellos sueños,  
de esa vida donde fuimos amantes  
y subíamos —sin mapa—  
desde la tierra hasta la luna,  
como si el amor fuera un ascensor sin freno.

Recuerdo cómo juntábamos los aientos,  
tan profundo,  
que a veces no sabíamos dónde empezabas tú  
y dónde me rompía yo.

Fuiste tan fuerte sobre mí  
que el daño era invisible,  
pero ya sabes...  
hay cosas que no gritan,  
solo se quedan ahí,  
como el metal rajado  
que se oxida lento  
hasta que se cae solo.

Y tú querías seguir,  
apretando,  
empujando,  
como si nada se hubiera cuarteado ya.

Pero uno no puede sostenerlo todo,  
a veces romperse  
es la forma más honesta  
de seguir vivo.

si me caí —dime—,  
¿por qué no me levantaste?  
¿o me fui antes de quebrarme del todo

para que otras manos  
salvaran lo poco que me quedaba?

me llevé las vértebras rotas,  
los huesos llenos de tus males,  
tu amor que fue veneno,  
y aun así tan natural  
como tú,  
como tus besos,  
que dolían...

Pero me gustaba el dolor de tu veneno.

## Como un pájaro al nido

Es difícil olvidar.  
Dejar ir, en este mundo que no se detiene.

Borré tu número hace tiempo,  
pero me lo sé de memoria.  
Como esas canciones tristes  
que uno no quiere cantar,  
pero que igual resuenan por dentro.

¿Para qué?  
Si los mensajes quedaron sin respuesta,  
ese "hola, ¿cómo estás?"  
se perdió en la nada,  
como tantas cosas nuestras.

Tal vez me bloqueaste.  
Ya no encontré tu Instagram.  
Algunos me dicen que lo eliminaste.  
En Facebook nunca estuviste realmente presente.  
Y aun así, te busqué.

Porque en cada sueño te busco.  
Y cuando te encuentro,  
me sonrías.  
Como quien espera.

Doy mil vueltas,  
intento llamarte.  
Nunca contestas.

Si ya no me quieres,  
dímelo.  
Sin rodeos.  
Sin silencios que duelen más que la verdad.

Solo quiero soltarte.  
Pero cada vez que te busco,  
me ato más a tu ausencia.

Ya no sé qué hacer.  
¿Beber para olvidar?  
¿Amores pasajeros?  
¿Psicólogos? ¿Psiquiatras?  
Nada me ha servido.

Aun así, llegará el día —lo sé—  
en que ya no te piense.  
En que no duelas.  
Y justo ese día,  
volverás.

Como un pájaro  
que regresa al nido.  
Un nido consumido  
por la presencia del vacío.

## **Migajero (I)**

Picoteando, una a una, voy  
esperando a que lleguen,  
quizás más tarde, o tal vez hoy,  
cuando el silencio dé su bendición.

Nunca son muchas,  
es una lucha por sobrevivir;  
las manos siempre en penumbra,  
si es así, tal vez me tenga que ir.

La vida se trata de eso:  
amar y ser amados,  
esperando una señal, un beso  
que guíe mis pasos extraviados.

Pero eso jamás llega.  
Todo se sirve frío,  
sin alma, sin entrega,  
condenándome al vacío.

---

## **Migajero (II)**

A tu lado, pero lejos,  
como sombra en la pared,  
te busco entre los espejos  
donde no dejas tu piel.

Me doy sin medida,  
aunque apenas me rozas.  
Voy midiendo cada herida  
para ver si en mi alma hay cabida.

No reclamo lo perdido,  
ni el ardor de la pasión,

solamente un gesto compartido  
que me saque del rincón.

El amor, cuando se enfriá,  
se parece al pan de ayer:  
no hay calor, solo rutina  
y un cuerpo que empieza a ceder.

Sigo aquí, recogiendo  
las migas de lo que fuimos,  
con el alma comprendiendo  
dónde dejamos todo lo perdido.

---

### **Migajero (III)**

Ya no me arrodillo bajo la mesa.  
Las migas ya no me alimentan.  
He aprendido a vivir con el hueco,  
con la ausencia exacta de tus gestos.

Recojo lo que queda, sí,  
pero no para tragarlo —  
lo guardo como testimonio  
de lo que fue casi amor.

A veces vuelvo a los rincones  
donde solíamos mirarnos sin vernos,  
donde mi voz te tocaba  
y tú solo asentías.

Ya no pido el pan entero,  
ni la hogaza compartida:  
solo quería un poco de calor  
en el silencio de tu migaja.

Pero hasta el pan se endurece  
cuando no hay manos que lo partan.  
Y yo también me volví piedra,  
sin fe, sin hambre, perdido en la hiedra

## Obsesiones

Que Dios nos guarde del amor,  
de los besos y de tus bordes.  
Son adicciones simplemente.

Camino por la calle —no camino: te persigo—  
pensando en tus noches que no son mías,  
odiando la forma en que me olvidas,  
sufriendo cada espera  
como un mendigo frente a un altar.

¿Cuánto más pasará para verte?  
Si cuando te hablo  
ni el eco de tu voz llena el cuenco vacío  
donde guardo mis nombres.

Recojo tus fragmentos  
como las palomas en aquella plaza.  
Me alimento de tu desprecio  
como un adefesio que ni tus miradas merece.

He pagado con sombras  
el precio de saber de ti.  
Te he seguido en silencio,  
creyéndome invisible  
mientras tú —bella estatua viva—  
caminas creyendo estar sola.

Después del trabajo te espero siempre.  
Te hablo sin tocarte.  
Te acaricio sin rozarte.

Te dediqué mil canciones que no merezco.  
Te busqué más de lo que a mí mismo me he buscado.

Pero no te encontraré jamás.  
Ni en mis pensamientos te toco.  
Ni en mis deseos más profundos te desnudo.

Y cuando te abrazo,  
es en realidad a tu foto.

Una y otra vez.  
Hasta desaparecer.

## El Peuco

Alto, de cara larga,  
siempre a caballo,  
con vestiduras de huaso y espuelas.

Mal agestado, decía mi mamá,  
como si la sombra le siguiera  
pegada al cuerpo.

Ernestino Vergara, *el Peuco* le decían,  
mano derecha del patrón,  
voz de trueno,  
puño de hierro,  
echando polvo con su caballo negro,  
como si el mundo fuera suyo  
y el miedo, su siembra.

Apagaba el fuego con las patas,  
no con agua, sino con odio,  
cuando la noche era más fría  
y nosotros —niños—  
éramos leña y escarcha.

Trabajando,  
con frío, con hambre,  
con los huesos quebrándose  
en el surco y en la trilla.

Nos gritaba por respirar,  
nos golpeaba por no mirar al suelo.  
Cada lágrima era un pecado,  
cada tropiezo, una culpa.

Lo mirábamos pasar  
como se mira al cuervo:  
negro, altivo,  
el pico manchado de nuestros días rotos.

Y él, riéndose,  
como si el dolor fuera un juego  
y el silencio, su victoria.

Nunca sembró,  
pero cosechó nuestra infancia.  
Nunca tuvo hijos,  
pero a todos nos marcó con su sombra.

Y ahora que el tiempo lo pudre,  
que su nombre cruje en la memoria,  
quisiera que el viento lo quiebre  
con el mismo polvo que nos tragamos  
cuando éramos niños  
y él era dios sin alma,  
jinete del abuso  
en tierras que jamás le pertenecieron.

## Enmascarado

“¿cómo estás?”,  
“¿qué me dices?”,

“¿qué necesitas?”,  
“¿cómo te va?”.

Mentiras lanzadas a la cara,  
como si esta rueda eterna de máscaras  
nos obligara a elegir la adecuada  
para cada día, para cada hora.

Dándole el gusto a gente que no nos gusta.  
Fingiendo cariño por quienes, en el fondo,  
de verdad nos quieren.  
Y nosotros, tan ocupados en agradar,  
tan entrenados para la hipocresía.

*Levántate, que se hace tarde.*  
*Llévate una fruta, te va a dar hambre.*  
*Acuéstate temprano.*  
*Deja el teléfono un rato.*  
*Las redes, los amigos, los conocidos...*

Todo envuelto en papel brillante,  
donde cada uno ostenta más de lo que es.  
Donde los que se creen mesías de lo estúpido  
dan cátedra.

Escupo a los que se creen gerentes.  
Me cago en los perfiles.  
Donde yo mismo soy uno.

La cursilería permanente de figurar,  
aunque cueste pisotear a medio mundo.  
La foto.  
El lugar.  
La marca.  
El estilo.  
Mírame.  
Me amo.  
Me aman.  
Me amas.

El tiempo.  
La vida.  
Los viajes.  
Los autos.  
La plata.

La plata.

La moda.

La comida.

La plata.

La plata.

La mierda.

La destrucción.

La depresión.

El odio.

La masacre.

Los balazos.

Las muertes.

El consumo.

Los dólares.

La plata.

La basura.

La muerte.

El Egoísmo.

## Mutaciones

De las briznas de pasto de invierno,  
¿cuál es la que más calor dará cuando la quemo?  
Porque quemar  
es el arte de transformar.

Y transformarte  
es ser parte del ciclo.

Si mutar de pasto a polvo,  
o de fuego a ceniza,  
como agua a nube,  
o de luz a sombra,  
¿cómo podría definirse tu vida en una palabra?

Dime, por favor,  
¿qué eres y cómo eres?  
Porque cuando te veo,  
no logro definirte  
como algo  
o alguien.

Miro por encima  
y pareces una costilla  
recién sacada de un muerto putrefacto.  
Pero si observo con detención,  
el pasto verde que come el ciervo  
podría ser un hongo de sin sentidos  
que me ha llevado a escribirte esto.

Mejor vamos a preparar el pescado,  
que los comensales no nos apuren.  
Pero ya lo pescaste —me contaste—  
que era un salmón,  
y con algas... mira tú.

Luego traemos también un poco de vacuno,  
porque la sangre roja  
es la que me gusta.  
Ojalá caliente en las venas  
como aliento de volcán.

Para que, si me quema,  
que duela.

Porque no hay emoción más fiel y real  
que el dolor.

## Diálogo a la locura

¿Qué me dices tú de querernos?  
Así... querernos, querernos...  
no sé si fue eso.

O sea, sí, me enamoré.  
Pero tampoco tanto.  
Bueno, sí.  
Te lo dije varias veces.  
Pero tú...  
tú nunca escuchaste.

Y ya,  
nos quisimos, ¿no?  
Eso fue todo.  
Nada de otro mundo.

Quererete no fue tan difícil.  
Mírate cómo eres.  
¿Quién no se enamoraría de ti?  
Era cosa de sentido común.

Sobre todo cuando caminabas,  
como si la tierra no te pesara.  
Irradiabas luz,  
como si fueras de otro mundo,  
una divinidad disfrazada de persona.

Por eso te pregunto,  
y contéstame, aunque sea ahora:  
¿tú me amaste?

Porque nunca lo dijiste.

Cuando te miraba a los ojos,  
tú mirabas al suelo.  
Cuando te abracé,  
te apoyaste en mí,  
como si yo fuera un árbol  
y tú el viento.

Cuando mis labios te tocaron,  
eras hielo en pleno verano.

Y cuando me dolía,  
tú ya no estabas.

Y ni siquiera supe  
si de verdad  
existías.

## Visión

En todas mis visiones,  
te apareces como una mujer blanca,  
envuelta en túnicas de mil colores.  
A veces desnuda,  
rondas el arenal  
o te deslizas por la espesa llanura de los campos.

Te contemplo en silencio,  
mientras tu cabello cae sobre tus pechos,  
frescos como manzanas recién cortadas.

Tu mirada se hunde en el mar,  
allí donde el horizonte se deshace.  
Con un gesto mueves las rocas a tus costados,  
como si el mundo obedeciera  
al vaivén de tu cuerpo.

Yo te observo desde el cielo,  
como una gaviota que planea  
sin atreverse a morir sobre el agua.  
Vuelvo una y otra vez sobre tus piernas,  
como viento errante buscando forma.

Eres gigante como nadie.  
Tus ojos son el cielo y el sol.  
Tu piel, un firmamento  
donde las estrellas duermen.

En una de ellas me hallo,  
montado en un cometa que busca  
el refugio de tus planetas.  
Pero mientras más te busco,  
más te alejas.

Y aunque te miro,  
no te alcanzo.  
Si intento quemarte,  
te vuelves hielo.

Soy apenas una flama  
que arde un instante  
y luego se extingue,  
mientras el mar asciende hacia la luna  
y cae por tus labios  
cuando lloras.

Más allá del olvido

Tanto te escribí  
que podría hacer un diccionario  
con todos los nombres que el amor  
me enseñó a pronunciar contigo.

Mis letras te hicieron cautiva,  
como un conjuro suave  
que duró años,  
aunque mi cuerpo,  
siempre débil,  
pactaba con el deseo  
cuando el corazón no lo pedía.  
Como quien se aferra a un sueño  
que ya no duerme en la misma cama.

Nuestra vida no fue hecha  
ni para el sufrimiento  
ni para el amor.  
Los versos que te regalé  
se rompieron en cada lágrima tuya,  
y mi nombre fue maldecido  
una y mil veces,  
enterrado más allá del olvido,  
más allá del odio...  
pero no del amor.

Porque el amor no se moldea,  
ni con todos los golpes.  
Tu amor por mí no cesará.  
Y aunque me busques  
en otras bocas,  
en otros cuerpos,  
me igualarás sin querer.

Espera a que mueras.  
Y cuando revivas,  
seguirás amándome.

Pero yo—  
yo seré el que te guarde  
en los versos  
que terminarás  
rompiendo.

## Soñé que eras mía

Soñé que eras mía  
y te tenía en mis brazos.

Te había pensado tanto tiempo,  
esperando que aparecieras.

Pero eres un misterio,  
casi un fantasma.

Por eso es mejor invocarte al cielo,  
a ver si los ángeles existen  
y me favorecen con tu visita.

Pero no será más que una noche,  
horas, tal vez minutos,  
en los que llenarás mi corazón de esperanza,  
solo para dejarlo vacío  
como un muñeco sin alma  
que camina sin sentido,  
o que espera la lluvia  
para saciar un poco la sed.

Y aunque parezca tortura,  
el corazón es fiel  
a los buenos amores.

Y tonto también:  
espera y espera  
una sola caricia  
que le dé sentido a la vida,  
solo para poder seguir latiendo  
de vez en cuando.

## Retrato de la que no recuerdo

Pinté un retrato de mi abuela.

Yo no conocí a la señora.

Al menos... no me acuerdo.

Mi mamá dice que nos quería harto.

No le creo mucho a mi mamá.

Dicen que le faltaba un ojo,  
que era machista a cagar,  
y posesiva con sus hijos.

Así que tomé mis pinturas  
y comencé a pintar trazos al aire,  
como quien intenta recordar  
una voz que nunca escuchó,  
una sombra que nunca lo abrazó.

No sabía si ponerle ojos o solo uno,  
si hacerla seria o cansada,  
si dibujarle las manos abiertas  
o apretadas como puños.

La pinté con el fondo vacío,  
sin casa, sin cocina,  
sin hijos colgándole del cuello,  
sin frases bordadas en los marcos.

La dejé sola,  
ahí en el lienzo,  
mirándome con un ojo  
que no sé si es suyo  
o mío.

Y cuando terminé,  
no supe si me había salido ella  
o yo.

## Ni cagando

Dicen que es más fácil pasar un camello en una aguja  
que un rico llegue al cielo.

Pero en este país de mierda,  
los cuicos serían capaces  
de vender a su madre  
por una acción en la bolsa,  
de pisotear a quien sea  
con tal de subir un centímetro más  
en su escalera dorada.

Los pobres les dan asco.  
Ni los miran.  
Ni los oyen.  
Pero igual hay hueones  
que con sueldo de obrero  
se atreven a defender al patrón.

Buscan botas que lamer,  
insultos que hacer suyos,  
migajas que celebrar  
como si fueran festines.

¿Creís que el jefe te va a dar un ascenso?  
¿Que va a preocuparse cuando tu hijo se enferme?  
¿Que va a parar sus vacaciones en Miami  
porque a ti no te alcanza ni pa ir a la paya?

¡No, hueón!

Vos trabajai  
pa que él se combre su auto nuevo,  
su helicóptero,  
su viaje a la nieve,  
su nuevo edificio.

Y tú,  
con suerte,  
vas a poder pagar la micro.

Y encima le agradecís.  
Le rendís homenaje  
porque “te dio pega”.  
Pega miserable,  
sueldo miserable,  
vida miserable.

Y así seguís,  
defendiendo al que te explota  
como si fuera tu salvador.

Por eso te digo:  
es más fácil  
que un pobre culiao llegue al cielo  
antes que un rico.

Un rico, ni cagando.

## Ciudad máquina (el otro Curicó)

Árboles cortados  
que insisten en crecer,  
como si la savia  
no entendiera la muerte.

Un perro atropellado,  
aún tibio bajo el sol,  
vigila en silencio  
los basurales  
que se alzan como edificios,  
construidos  
sobre promesas podridas.

Vidrios brillan  
entre rastros de sangre,  
mientras el pavimento ardiente  
exhala vapor,  
refleja el sol  
como una amenaza antigua.

Los matorrales esconden  
cadáveres de insectos,  
ya cumplido su ciclo,  
devorados por ratones  
que también serán devorados.

Prostitutas viejas  
piden una limosna,  
como si el sexo  
aún fuera la moneda  
de un futuro que jamás llegó.

Niños sucios, descalzos,  
sin pan ni sueño,  
caminan  
entre aceite flotando  
en barriales,  
donde el arcoíris  
es solo un disfraz de la mugre.

Bolsas abiertas,  
como pechos operados por hambre,  
destripadas

por perros salvajes,  
escupen papeles,  
carne,  
grasa:  
las entrañas  
de un muerto de plástico.

Y el humo ininterrumpido  
de leñas verdes que no calientan,  
solo ahogan,  
dejando un halo de muerte  
que envenena el paso  
y la memoria.

El óxido del tiempo  
corroe los fierros  
de estaciones agrietadas,  
a punto de caer  
por culpa de un temblor  
que no termina.

Restos de adobe —  
testigos del terremoto  
de otra década —  
se mantienen en pie,  
no por amor,  
ni por miedo,  
sino por la carga muda  
de quien no sabe  
qué hacer  
con una ruina.

Así se adorna esta ciudad:  
con lo que sobra,  
con lo que duele,  
con lo que nadie quiso cargar.

Aquí vives como puedes.  
Haces lo que debes.  
Como dicta  
la máquina.

## El turno del dolor

Hay días en que no puedo pararme,  
ni caminar.

Trato de seguir —como todos—  
arrastrando los dolores,  
total, se debe seguir  
aunque no importe.

Es un dolor ciego,  
que aparece, presiona,  
me arranca el aire en ciertos movimientos,  
me deja inmóvil  
con el cuerpo como trampa.

Por suerte o por mala suerte,  
paso sentado ocho o nueve horas,  
le doy a la rutina:  
ejercicios, estiramientos,  
agua, comida sana,  
y ese intento inútil  
de no estresarme.  
(No funciona. Nunca funciona.)

El dolor se va. Uno, dos, tres días.  
Y vuelve.  
Como visitante que me quiere matar.  
Trato de huir  
pero ya es tarde.

Dos, tres tramadol.  
Dos pregabalinas.  
Duloxetina.  
Ejercicios.  
Agua.  
Respirar.  
Comer sano.

El dolor  
no se va.  
Se afila.

Vamos.  
Queda poco para acostarse.  
Vamos.

Mi hija me exige.  
Vamos.  
Tengo que manejar.  
Trabajar.  
Descansar.  
Vamos.

Pero nada pasa.  
El dolor,  
puntual,  
toma su hora de colación,  
y al volver,  
me está esperando  
en la silla  
como un viejo conocido  
que no piensa irse.